

sofía son idénticas con el cristianismo, que el cristianismo y la filosofía enseñan las mismas verdades. ¿En qué viene á parar este sistema de interpretacion? En representar al cristianismo como la expresion de la verdad absoluta. Puede decirse á estos doctores lo que hemos dicho de los neoplatónicos: Vuestras fórmulas no son la religion; la Iglesia las rechaza, y las masas prefieren los mitos; vuestro trabajo es estéril. Nosotros tendremos más valor y más franqueza en nuestras apreciaciones. No hemos tratado de ocultar que el cristianismo tradicional no satisface ya ni al sentimiento religioso ni á la inteligencia. Es preciso, pues, que en su concepcion de Dios, del hombre, de las relaciones del hombre con Dios, de la vida política y civil, haya errores fundamentales. Los hemos ya señalado y los señalaremos aún. Si á nuestras críticas añadimos afirmaciones, es inútil protestar que no tenemos la pretension de construir una religion nueva. Lo que expresamos son nuestras creencias. Que cada cual penetre en el fondo de su alma é interroge á su conciencia respecto de los problemas fundamentales de la vida; que nadie tema confesar en alta voz sus convicciones, y la solucion de las formidables dificultades que atormentan al género humano habrá avanzado un gran paso.

CAPÍTULO II.

CONCEPCION DE DIOS. SAN ATANASIO.

§ I.—El dogma de la Encarnacion del Verbo.

I.

Atanasio es contemporáneo de Constantino. El primer emperador cristiano ha sido celebrado por amigos y enemigos como el fundador del cristianismo, al paso que el obispo de Alejandría no desempeña, al parecer, más que un papel secundario; su nombre es oscuro en comparacion de la deslumbradora gloria del César. Sin embargo, para el que penetra en el fondo de las discusiones teológicas que ocuparon toda la vida de Atanasio, el santo es el verdadero fundador del imperio. La ciudad de Constantino ha sido presa de los Bárbaros, y la obra de Atanasio parece desafiar á los tiempos: esta obra es el catolicismo: el obispo griego es el precursor de Gregorio VII. Los Santos Padres lo han presentido; comparan á Atanasio con los Apóstoles; le llaman *el Padre de la fe ortodoxa*, *el fundamento de la Iglesia*, *el obispo católico* por excelencia.

La existencia de Atanasio se concentra en una lucha gigantesca con el arrianismo. Una gran parte del mundo cristiano se habia declarado por Arrio; un solo hombre hizo frente á todos sus adversarios, teólogos y emperadores, y los venció. Los oscuros debates acerca del *omoousios* y el *omqiousios*, han tenido el privile-

gio de prestarse á las burlas de los enemigos del cristianismo (1); no han visto, ó no han querido ver la inmensidad de los intereses que se ocultaban bajo las fórmulas teológicas. Tratábase de definir la naturaleza de Jesucristo, de determinar la concepcion cristiana de Dios, considerado como Trinidad; discutíase todo el cristianismo.

La teología cristiana se funda en la divinidad de Jesucristo. ¿Cuál es el fundamento de esta creencia? ¿Cuál es su origen? Los ortodoxos tienen para estas cuestiones una respuesta muy sencilla. Según ellos, Jesús mismo se proclamó Dios; es, pues, indispensable creerle ó declararle impostor. Para el historiador la cosa no es tan sencilla. Ya hemos dicho anteriormente que no tenemos una sola palabra escrita por Cristo, ni aún una que proceda de uno de sus discípulos directos; no tenemos más que tradiciones de segunda mano. ¿Se expresan con claridad estas tradiciones respecto de un dogma tan contrario á la razón como extraño á las ideas del pueblo judío? Todo lector que no esté de antemano convencido de la divinidad de Jesucristo, la buscará vanamente en los Evangelios. Esto es fácil de explicar, y aún puede decirse que es imposible que sea de otro modo. Conocemos el orden de ideas de los Apóstoles. Siguiéron á Jesucristo, porque veían en él el Mesías. Este punto de partida de su cristianismo excluye toda idea de divinidad: el Mesías podía estar dotado de cualidades extraordinarias, de dones divinos, pero no era Dios. Por otra parte, la misión que reconocen los Doce al Hijo del Hombre, no exigía que fuese Hijo de Dios. Cristo venía á anunciar el fin del mundo y á llamar á los hombres al arrepentimiento, para que pudieran alcanzar entrada en el reino de Dios que iba á comenzar. ¿Era necesario un Dios para esto? ¡Un Dios, para mantener pura y simplemente la ley de Moisés! Esto es lógicamente imposible.

Tenemos acerca de las creencias de los primeros cristianos datos exactos en la historia apostólica conocida bajo el nombre de *Hechos*. En ella se encuentran los discursos dirigidos por los Apóstoles á los judíos. ¿Qué dicen de Cristo? ¿Es un Dios, cuya en-

(1) VOLTAIRE ha intitulado uno de estos chistes: « De la Triada de PLATÓN, de la Trinidad de los cristianos y de algunas otras bagatelas.»

carnacion anuncian? ¿Predican el Verbo, el Hijo consustancial con el Padre? Aquél á quien la Iglesia católica llama príncipe de los apóstoles, dice á los judíos que Jesús es un *hombre* nacido de la raza de David, acreditado y legitimado por Dios por medio de milagros, resucitado después de su muerte, exaltado á la derecha de Dios, y que *recibió* entonces el Espíritu Santo para derramarlo sobre los suyos, y *fué hecho* de este modo Señor y Cristo (1). Hé aquí una existencia bien milagrosa, pero que, sin embargo, no es la de un Dios. En otro discurso se dice que Jesús es un *profeta igual á Moisés*: como tal, se le llama un santo y justo servidor de Dios (2). Así, pues, en el pensamiento de los Apóstoles, ó, si se quiere, de la tradición *primitiva*, recogida por el autor de los *Actos*, la más alta expresión de la dignidad de Cristo consistía en asimilarlo á Moisés. ¡Estamos, pues, muy distantes de la divinidad! Todo el libro de los *Actos* está inspirado en esta creencia. Siempre, y en todas partes, Jesucristo es un *hombre*, que hace milagros, no porque es Dios, sino porque Dios está con él (3).

¿Se quiere una prueba de que estos sentimientos eran una opinión general en la cristiandad primitiva? En los mismos Evangelios se la encuentra. Si los evangelistas hubieran estado convencidos de que lo que referían era la historia de Dios hecho hombre, ¿se hubieran tomado el trabajo de buscar con tanta curiosidad y formar aquella larga genealogía de Jesús? Esto no tendría sentido. Por el contrario, se explica perfectamente en la creencia de que Jesús era el Mesías. Si los evangelistas hubieran creído que Cristo era Dios, ¿hubieran referido que el niño Jesús iba creciendo y robusteciéndose en espíritu, en sabiduría y en gracia? Los ortodoxos salen del paso diciendo que Jesús era hombre al mismo tiempo; pero ¿quién no ve que por huir de una contradicción incurren en otra? ¿Puede concebirse un solo y mismo ser que es juntamente la sabiduría suprema y que hace progresos en esta misma sabiduría? ¿Es también como *hombre* como pide Jesús el

(1) ACTOS, II, 22 y sig.

(2) IBID., III, 22, 13, 14, 26; IV, 27, 30.

(3) REUSS, *Historia de la teología cristiana*, t. I, p. 454 y sig.

bautismo de arrepentimiento? Explíquese, pues, qué fué de la divinidad de Jesus en aquel momento. Cuando el diablo tienta á Cristo y lo lleva al desierto, cuando propone á Jesus que le adore, ¿se dirige á Dios ó al hombre? Si los que dan noticia del hecho de la tentacion hubieran creído que Jesucristo era Dios, ¿hubieran podido cometer, no digamos la impiedad, sino la necedad de poner en boca de Satanás las palabras que acabamos de recordar? Es inútil insistir para probar lo que está claro como la luz, y es que en el pensamiento de los evangelistas y de sus contemporáneos, Jesus era un hombre y no un Dios.

II.

La concepcion de la naturaleza de Jesucristo varía segun la idea que los cristianos se forman de su mision. Miéntras el cristianismo no era más que el mesianismo judío, Jesus no fué considerado más que como un profeta, que unos comparaban con Moisés, que otros indudablemente colocaban á mayor altura, pero que, por muy milagrosos que figuráran su nacimiento, su vida y su resurreccion, no dejaba de ser un hombre. Los sentimientos de los cristianos cambiaron, cuando se anunció la buena nueva á los gentiles. Hemos dicho que los Apóstoles no podían predicar el mesianismo á los gentiles, porque éstos no esperaban al Mesías. Así es que San Pablo no dice que Cristo es el Mesías; dice que Jesus fué enviado para salvar á los pecadores. Cristo es, pues, un Salvador, ha sido enviado para salvar al género humano. Hé aquí una mision más elevada que la del Mesías; por esto la naturaleza de aquél á quien habia sido confiada debia engrandecerse. Entramos en el camino á cuyo término Cristo fué declarado Hijo de Dios. El punto de partida es fundamental para la historia del cristianismo. Importa fijarse en él.

Habia en la antigüedad un dogma universalmente admitido, el del pecado. Los hombres, creados puros, incurrieron en la cólera de Dios por una falta misteriosa; habiendo perdido su pureza primitiva, no tenían ya camino de salvacion. Esta creencia terrible tomó en la doctrina de San Pablo proporciones más terribles aún:

la falta del primer hombre viene á ser la falta de todos los hombres; todos nacen culpables. El pecado original aleja de tal modo á los hombres de Dios, que no hay recurso para su salvacion: «Por un solo hombre ha entrado el pecado en el mundo, y con el pecado la muerte; la muerte ha pasado sobre todos los hombres, porque todos han pecado.» El hombre, habiendo nacido culpable, es impotente para practicar el bien: «No hago el bien que quisiera, sino que hago el mal que no quisiera hacer; si hago lo que no quisiera, no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí.» Entre las angustias que estos desconsoladores pensamientos le producen, exclama el Apóstol: «¡Desgraciado de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?» (1). El pecado original conduce á la espantosa consecuencia de que todos los hombres han incurrido en la condenacion eterna por la falta de Adán. Pero la humanidad no podría vivir bajo el peso de tan abrumadora sentencia. Si siente en sí el pecado, tiene también el sentimiento de la bondad infinita del Creador; la esperanza de la futura bienaventuranza la salva de la desesperacion. Dios puede castigar al hombre culpable, pero no siente odio hacia él; debe amar á sus criaturas y por consiguiente procurarles un medio de salvacion. Les enviará un Salvador, un Redentor. Este Salvador es Jesucristo.

Considerado como Salvador, Cristo no podía ser un hombre. Si él mismo hubiera estado sometido á aquella terrible ley del pecado, ¿cómo hubiera podido salvar á los pecadores? Jesus es, pues, sin pecado. Esto quiere decir que es un sér divino. Aquí San Pablo se detiene. Si hubiera llevado su doctrina hasta sus últimas consecuencias, hubiera debido deducir que Cristo es Dios. Venía en efecto á salvar á los hombres, pero ¿de qué manera los ha de salvar? Hay un pecado por el cual se debe á Dios una satisfaccion, porque, si bien Dios es todo bondad, es también todo justicia. Ahora bien, la ofensa del hombre revelándose contra su Creador es infinita, y es necesaria una satisfaccion igual á la ofensa; siendo las criaturas, por su pequeñez, incapaces de darla, la sacará de su divinidad misma: su Verbo se hará carne, rescatará los pecados y será el Mediador entre el

(1) PABLO, *Rom.* V, 12; *Rom.* VII, 20, 21, 24.

hombre y Dios. De esta manera el pecado original conduce á la encarnacion del Verbo. Si las ideas se desarrollasen con lógica, San Pablo hubiera debido enseñar la divinidad de Cristo. Pero la realidad obedece á diferentes leyes que el razonamiento. Al predicar el Evangelio á los gentiles, el gran Apóstol realizaba una obra práctica; no se dedicaba á la especulacion. Por lo tanto podia contentarse con un personaje divino, enviado por Dios para salvar á los hombres. Con esta idea atrajo San Pablo á los gentiles al cristianismo.

Resulta de aquí que la naturaleza de Cristo tiene algo de muy vago en San Pablo; deja de ser hombre y no es todavía Dios. Todos los que estudian sin preocupacion los escritos del Apóstol están conformes en este punto (1). No hay para qué decir que los ortodoxos encuentran en San Pablo todo el símbolo de Nicea; pero es porque su creencia les obliga á ver en todas partes el dogma inmutable que profesa la Iglesia. Interpretan las epístolas como interpretan los Evangelios, fijándose en la palabra aislada, sin tener en cuenta el conjunto de la doctrina. San Pablo llama Dios á Jesucristo en su epístola á los Romanos, y repite esta expresion en sus epístolas pastorales (2). Con esto ya triunfa la ortodoxia. Pero olvidan que la palabra Dios se emplea en las Escrituras como sinónimo de *amo* y de *señor*. Así es como San Pablo llama al diablo *Dios de este mundo* (3). ¡Vamos á deducir de aquí que el diablo es Hijo de Dios, y consustancial con el Padre! No, el diablo es amo y señor de este mundo, como Cristo será amo y señor en el reino cuya próxima realizacion anuncia San Pablo. Tenemos pasajes formales que no dejan ninguna duda respecto del pensamiento del Apóstol. Llama á Cristo *el primogénito entre las criaturas* (4). ¿Es este el lenguaje de un teólogo que cree que el Hijo es de la misma esencia que el Padre, que es uno con él? En la *Epístola á los Hebreos*, Jesucristo es llamado Hijo de Dios. La crítica protestante niega que esta epístola sea de San Pablo. Poco

(1) BAUR, *das Christenthum*, p. 284 y sig.—REUSS, *Historia de la teología cristiana*, t. II, p. 69 y sig.

(2) PABLO, *Rom.* IX, 5; *I Tim.* III, 16; *Tit.* II, 13.

(3) IBID., II, *Cor.*, IV, 4.

(4) REUSS, t. II, p. 75, nota.

nos importa. Lo principal es saber en qué sentido el autor llama á Cristo Hijo de Dios. Ahora bien, abundan las pruebas para demostrar la inferioridad de Cristo y su dependencia del Padre. Si el Hijo tiene atributos divinos, es porque el Padre se los ha comunicado. Si el Hijo participa en cierto modo de la gloria del Padre, es porque el Padre le concede esta recompensa por su sacrificio. Hay más; Jesucristo está expresamente subordinado al Padre. Las palabras del Apóstol son tan precisas que los intérpretes ortodoxos se ven precisados á recurrir á su escapatoria habitual: la distincion entre Cristo hombre y Cristo Dios. Desgraciadamente para estos sutiles doctores hay un pasaje que no puede aplicarse á la esfera terrestre. Es preciso, pues, reconocer que en el pensamiento de San Pablo Jesucristo es un sér divino, pero no es Dios (1).

III.

El sér divino va á convertirse en un Dios bajo la influencia combinada de la filosofía y del cristianismo. Mucho tiempo ántes de la venida de Cristo los filósofos habian hablado de un *Verbo de Dios*. ¿Por qué no se contentaban con la simple nocion de un Dios creador y en comunion permanente con la creacion? Es que la divinidad en su esencia absoluta les parecia de tal manera trascendente, que no habia relacion posible entre ella y el mundo. Para salvar el abismo imaginaron un intermediario entre el mundo y Dios, al cual dieron el nombre de *Verbo*; este es el mismo Dios, pero manifestándose por medio de una persona, que, sin dejar de ser de su esencia, pueda entrar en relacion con el mundo. El Verbo crea el universo. La concepcion del Verbo de Dios nos choca hoy, y con razon. En efecto, si Dios es incommunicable, ¿cómo es que su Verbo, que tambien es Dios, puede comunicarse? (2). Esta es una concepcion de pueblos en la infancia trasladada al dominio de la filosofía. Se concibe bajo la forma popular que produjo el politeismo; pero como principio

(1) Véanse las pruebas en REUSS, t. II, p. 76-78.

(2) ZELLER, *die Philosophie der Griechen*, t. III, p. 627.

filosófico no tiene valor alguno. Sin embargo, encontró acogida en la escuela de Platon. Este era un asunto predilecto de las especulaciones filosóficas en Alejandría aún antes de la venida de Cristo. Filon, que es á un tiempo judío y griego, profesa por completo este orden de ideas. Mientras el cristianismo no fué predicado más que al pueblo, no se trató del Verbo. Pero, en cuanto los filósofos se convirtieron á la nueva religion, se preguntaron naturalmente si el *Hijo de Dios* sería el *Verbo*. El Evangelio que lleva el nombre de San Juan procede de este movimiento; identifica el Hijo de Dios con el Verbo. Es una mezcla de creencias cristianas y de dogmas filosóficos. Es menester estar preocupado, como lo están los ortodoxos, para negarlo.

Desde el primer capítulo el autor del Evangelio nos da á conocer en qué escuela se ha formado: «*Nadie, dice, ha visto jamás á Dios.*» Esta es la idea de los filósofos, que Dios, en su esencia absoluta, no puede ser conocido por el hombre. Esta no es una idea cristiana, porque en el Antiguo Testamento abundan los testimonios para probar que los hombres ven á Dios y le hablan. Sabemos, pues, por el evangelista mismo que es medio filósofo. Traslado la noción filosófica al Dios de la teología cristiana. Esta combinacion fué acogida con avidez por los creyentes, porque elevaba la persona de Cristo más que San Pablo: el Hijo del Hombre se aproximaba á la naturaleza divina.

Decimos que se aproximaba. Los escritores ortodoxos van mucho más léjos. En primer lugar admiten como una verdad incontestable que el Evangelio de San Juan es obra del apóstol predilecto de Cristo. En segundo lugar no dudan de que el símbolo de Nicea sea el mismo del evangelista. Pero los ciega, en esto como en todo, la necesidad en que se encuentran de ver en todas partes el dogma inmutable de la Iglesia. Aun admitiendo que el cuarto Evangelio sea de San Juan, es fácil probar que no consagra la creencia oficial del Verbo. En efecto, la *eternidad* del Verbo es de la esencia de este dogma. Ahora bien; el citado Evangelio dice que el Verbo *preexistía* á su encarnacion, pero no dice que era eterno, y de la preexistencia á la eternidad todavía falta mucho. Verdad es que el evangelista hace decir á Jesucristo: «*Yo y el Padre somos uno*»; pero estas palabras no pueden significar una

unidad de esencia; porque, si las entendiéramos así, pondríamos á San Juan en contradiccion consigo mismo. Hay, en efecto, innumerables pasajes que implican una dependencia, una subordinacion del Hijo, y por consiguiente una inferioridad, lo cual es incompatible con la consustancialidad y con la eternidad del Verbo. No citaremos las famosas palabras «*el Padre es más grande que el Hijo*», porque todavía han disputado sobre ellas los ortodoxos; citaremos expresiones que son habituales en el evangelista y que no dejan duda alguna acerca de su pensamiento. El Padre *envia* al Hijo, el Padre da una *mision* al Hijo; el Hijo *viene en nombre* del Padre, *no viene por su propia iniciativa*. El Padre *da el Espíritu* al Hijo, el Hijo declara que no puede hacer nada por sí mismo; el Padre *da la vida* al Hijo, *le da la gloria, el poder, le da todo*. Si estas locuciones no indican la superioridad del Padre, preciso es decir que las palabras tienen diferente sentido para los ortodoxos que para el resto de los mortales (1).

IV.

El dogma inmutable imposibilita toda inteligencia de la historia. Supone, en efecto, que la creencia ha sido revelada un día cualquiera por via de milagro, de la misma manera que Pálas salió completamente armada de la cabeza de Júpiter. Ya no hay desarrollo ni vida. Sin embargo, la religion es el pan de vida del género humano. ¿Cómo conciliar la vida, que no es más que movimiento, con la inmutabilidad, que es la muerte? Este es un milagro más que hay que añadir á aquellos de que se gloria la Iglesia. Este milagro facilita notablemente la tarea de la Iglesia católica. La Iglesia ha definido en el concilio de Nicea la divinidad de Jesucristo; por consiguiente, esta creencia ha debido ser la de todos los que pertenecen á la Iglesia. Respecto á los que están fuera de la Iglesia, necesariamente están en el error. En un campo reina siempre la verdad, en el otro la impostura. ¡Qué mez-

(1) Véanse las pruebas en REUSS, t. I, p. 441-444.

quidad de espíritu y qué descuido al mismo tiempo! La tarea del historiador no es tan fácil. Tiene que buscar las causas primeras y la razón de las cosas; tiene que seguir el progreso de la verdad á través de los extravíos de los hombres; tiene que separar lo que hay de verdadero y lo que hay de erróneo en las ideas y en las creencias. Pero, si el trabajo es rudo, en cambio es provechoso, porque nos da la convicción de que la humanidad avanza siempre en la vía de lo bueno y de lo bello, á pesar de sus imperfecciones y sus errores.

La divinidad de Cristo fué formulada por el concilio de Nicea. ¿Era esta creencia la de los primeros siglos? La ortodoxia de hoy no vacila en responder afirmativamente. No siempre ha sido tan afirmativa. El sabio jesuita *Petavio* confiesa que entre los Padres de los primeros siglos habia muchos que participaban de las ideas de Arrio; confiesa que los mismos que pasaban por ortodoxos no creían en la eternidad del Verbo, lo cual quiere decir que no creían en la divinidad de Cristo (1). Los defensores del catolicismo han advertido que en esta doctrina la verdad inmutable y la infalibilidad de la Iglesia corrian gran peligro de no ser más que palabras vacías de sentido. Han emprendido, pues, su tarea, y, convencidos de antemano de que los Padres de los primeros siglos debían haber creído en la divinidad de Cristo, tal como la ha formulado el concilio de Nicea, les ha sido fácil hallar lo que buscaban. *Petavio*, á pesar de su ciencia profunda, no lo entendía así. No ha comprendido que, si los Padres dicen que el Verbo no existía de toda eternidad, se han servido de una mala expresión para decir que el Verbo era eterno. Este razonamiento constituye todo el sistema de interpretación de Möhler, el más sabio de los teólogos alemanes (2). En verdad, más hubiera valido guardar un prudente silencio.

No pasan las cosas con tanta sencillez en el dominio del pensamiento. Era imposible que la idea de la divinidad de Cristo y de

(1) PETAV., *De Theolog. dogmat. De Trin.* I, 5, 7; I, 8, 2: «*Productum á Deo patre verbum, non tamen ex æternitate docuerunt.... Magna est á nobis producta copia priscorum, qui idem quod Arius ante tradiderunt.*»

(2) BAUR, *die Dreieinigkeit*, t. I, p. 112

la encarnación fuese aceptada sin lucha, porque contrariaba violentamente á las creencias de los judíos y á las convicciones de los filósofos; es decir, que respecto de este dogma esencial el cristianismo rompía con las doctrinas mismas de donde procedía. Se necesita la ceguedad voluntaria de los ortodoxos para buscar rastros de la divinidad de Cristo en el Antiguo Testamento. Precisamente lo que caracteriza las creencias religiosas de los judíos es el monoteísmo más absoluto y más rígido. La fórmula de Mahoma es la misma de Moises; no hay más que un Dios. Los judíos que abrazaron el cristianismo no podían, pues, ver un Dios en Jesucristo. Hemos dicho que para San Pablo Cristo es un sér divino, pero no es Dios. Tal es también la creencia de los Padres llamados apostólicos. No se encuentra siquiera entre ellos la idea de un Verbo; el Espíritu Santo, tal como lo concebían los judíos, se une á Jesucristo, lo cual quiere decir que Dios le comunica dones divinos. La noción del Verbo es de origen griego; así es que se la encuentra primitivamente en las apologías que los cristianos helenistas escribieron acerca de su nueva fe. Pero este Verbo es todavía una concepción muy vaga; no se entiende bien si es el Espíritu-Santo del judaísmo, ó si es una persona divina, el Hijo de Dios.

A medida que la idea de la divinidad de Cristo ganaba terreno en una parte de la cristiandad, iba encontrando adversarios irreconciliables entre los cristianos que procedían del mosaísmo. Éstos no querían oír hablar de un Verbo hecho carne; defendían la unidad divina en todo su rigor; admitían con San Pablo que Jesucristo era el Hijo de Dios, pero este Hijo habia sido creado, y era, por consiguiente, un sér humano. Unos decían que habia nacido milagrosamente, y otros que habia obedecido á las leyes ordinarias de la naturaleza. Se los llamaba los *monarquistas* porque no querían admitir varias personas divinas. Había *monarquistas* que hacían alguna concesión á los partidarios de la Encarnación, diciendo que Dios mismo se habia hecho carne. En el siglo III se generalizó mucho esta idea. Cosa singular: hubo dos Papas *monarquistas*. Sin embargo, ¡los Papas son infalibles, y la doctrina de la Iglesia inmutable! Lo cual no impide que un concilio del siglo III, reputado como ortodoxo, haya rechazado la

calificación de *consustancial* dada por los Padres de Nicea al Hijo de Dios (1).

Es evidente que la doctrina de los *monarquistas* no puede conciliarse con la de Nicea. Es una herejía, se dirá. Podríamos ponerlo en duda. En el siglo III no se sabía aún qué opinión triunfaría, la de los *monarquistas* ó la de los partidarios del Verbo. Pero hagamos caso omiso de la gran contrariedad de opiniones que reinaba en la Iglesia. ¿Había siquiera una creencia que se pudiera llamar ortodoxa, es decir, conforme á los decretos de Nicea? Puede decirse que había una tendencia á identificar cada vez más á Cristo con Dios, pero no había nada decidido ni precisado. Véanse los más autorizados Padres del siglo III. Tertuliano al principio era uno de los campeones de la ortodoxia. ¿Qué piensa de Jesucristo? Es Dios y no es Dios. Es Dios, cuando no está en presencia del Padre; cuando está en presencia del Padre, el Hijo desaparece, y Tertuliano no le da más que el nombre de Señor (2). Orígenes es el Padre más ilustre del cristianismo griego. La Iglesia ha condenado sus errores acerca de la salvación universal, nunca ha condenado su doctrina acerca del Verbo; pues bien, el Verbo de Orígenes no es ni Dios ni hombre (3). En definitiva, la cristiandad hubiera querido hacer de Jesucristo un Dios, pero no se atrevía á dar el último paso. ¿Qué es lo que detenía á los pensadores cristianos?

Si no temiéramos atacar con demasiada rudeza las preocupaciones cristianas, responderíamos que el buen sentido. No podemos dar á nuestra respuesta una forma ménos dura al decir que aquella misma filosofía que había imaginado el Verbo sentía una invencible repugnancia á admitir que el Verbo se hubiese hecho carne, y lo concebimos fácilmente, porque la creencia cristiana que parecía prevalecer venía á decir que Dios era á un mismo tiempo Creador y criatura, un sér infinito y un sér finito. Grande era el embarazo de los cristianos que procedían de la filosofía. Se veían obligados á admitir con San Pablo que Cristo era Hijo

(1) Véanse las pruebas en BAUR, *das Christenthum*, p. 306; ID., *Die Dreieinigkeith*, t. I, p. 132 y sig.—STRAUSS, *Dogmatik*, t. I, p. 426 y sig.

(2) TERTULL., *adv. Prax.*, 13.

(3) ORÍGEN., c. *Cels.*, VIII, 14; v, 39.

de Dios; tenían que creer con San Juan que este Hijo de Dios era el Verbo. La lógica los conducía á considerar á Jesucristo como el Verbo encarnado, lo cual los llevaba á parar al dogma de Nicea. Pero no querían dar este último paso, y por poca filosofía que conservasen no podían darlo. Sin embargo, era menester decidirse. La cristiandad necesitaba saber si Cristo era Dios ó no. Tal fué el objeto de los largos debates del arrianismo.

§ II.—El arrianismo.

San Jerónimo dice que los arrianos eran paganos de raza, porque procedían de Platon y de su escuela (1). Este origen del arrianismo explica su grandeza y su debilidad. Arrio era á un tiempo filósofo y cristiano; de aquí sus inevitables contradicciones. Quería conciliar lo que es inconciliable; una doctrina filosófica que no reconocía más que un solo Dios, sér absoluto que no puede tener igual, sér cuya majestad es tal que en su esencia infinita no puede entrar en relación directa con lo finito, y una creencia religiosa que tendía á elevar á Jesucristo á la categoría de Dios. Admitir que un mismo sér sea infinito como Dios, finito como hombre, es un contrasentido bajo el punto de vista de la filosofía. Esto es tan cierto que los doctores ortodoxos no han llegado nunca á explicar la doble naturaleza de Jesucristo: es un misterio inefable, incomprensible, ante el cual la razón debe abdicar sus derechos. Pero la razón que abdica no debe tratar de filosofar, porque no puede decir como Tertuliano, lo creo porque es absurdo. Si quiere conservar su derecho de pensar con libertad, tiene que dejar á un lado una religión que empieza por escribir en su dogma fundamental: *misterio*. Esta es la lección que pueden aprender los filósofos en la historia del arrianismo.

Arrio era cristiano. Tenía, pues, que admitir que Jesucristo era el Hijo de Dios; en el siglo IV no había dudas sobre este punto. Pero ¿en qué sentido podía un filósofo creer en un Hijo de Dios?

(1) HIERONYM., *adv. Lucifer* (t. IV, P. II, p. 296).